

Edificio 111

La dimensión social de la vivienda

Flores & Prats



Planta Baja con diversos niveles: para peatones y para coches

Fotos Duccio Malagamba



Vestibulos en Planta Baja

Entrada principal al edificio



Propuesta urbana

Este edificio de 111 viviendas de Protección Oficial está ubicado en el borde Oriental de Terrassa, dando a un parque natural que lo separa del siguiente núcleo urbano. Este proyecto, ganado por concurso público, forma parte de un Master Plan desarrollado por el arquitecto Manuel de Solá, que preveía una serie de edificios de vivienda social, que terminan la ciudad contra este paisaje. Estos presentan un borde más alto hacia la ciudad, y unos brazos más bajos hacia el paisaje, abriendo un centro que se podía destinar al uso que cada proyectista quisiera. En nuestro caso la apuesta fue convertir ese centro en una plaza semipública, fundamental para la vida del edificio: todos los habitantes acceden desde la calle por este centro de manzana, convirtiéndolo en un lugar de encuentros y cruces, para de ahí pasar hacia las porterías y las viviendas.

Este acceso define la manzana como elemento intermedio entre ciudad y paisaje, y a su vez soluciona el traspaso secuencial entre calle y vivienda, intentando disolver los límites entre lo público y lo privado. Tratándose de vivienda social, de dimensiones reducidas, el proyecto propone una extensión de estas viviendas en terrazas, balcones, vestíbulos de planta baja, plaza de acceso, una serie de espacios intermedios que hacen que la vivienda no se limite solamente al espacio interior de la misma, sino que se extienda mucho más allá de su superficie interior.

Las viviendas

Todas las casas son pasantes, de calle a patio: así se garantiza la ventilación cruzada y tener frente hacia estas dos situaciones urbanas. Las áreas sociales de las viviendas (salas de estar, comedores y terrazas) están orientadas hacia el patio comunitario, insistiendo sobre la idea de intercambio -de miradas, de saludos...- entre vecinos a través de este centro de manzana. Consecuentemente, los dormitorios de las casas dan hacia las calles circundantes, más tranquilas para dormir.

Las viviendas cierran sólo dos habitaciones: un dormitorio y un baño. El resto es continuo, sus espacios pasan de uno a otro, en una cadena de situaciones que conducen nuevamente a la visión del patio de acceso y del bosque de pinos cercano. La continuidad entre espacios la dirige un mueble central de electrodomésticos, un pivote que

organiza el traspaso entre la parte más privada y la más pública de la casa. A su vez, el mueble tiene una doble función social, por un lado el de la organización de las tareas domésticas internas a la vivienda, por otro liberar espacio a su alrededor para el uso más público: recibir invitados.

La realización de las tareas cíclicas y cotidianas de cocinar, lavar y planchar, queda vista por el resto de los ocupantes, invitando a participar en su elaboración. Es un ensayo para evitar las estancias cerradas donde estas acciones tienen lugar sin que nadie más se entere de su periodicidad.

Las mismas áreas de trabajo se convierten en áreas sociales de la casa cuando recibes invitados. A pesar de que la vivienda sea de pequeñas dimensiones, unos 60 metros útiles, es necesario poder tener una casa donde recibir bien a amigos, conocidos o parientes.

Sostenibilidad

Todas las viviendas de esta manzana tienen ventilación cruzada, buena iluminación natural y persianas que pueden proyectarse como un toldo para poder hacer un buen control a los cambios de temperatura, usando sistemas de energía pasivos, tradicionales.

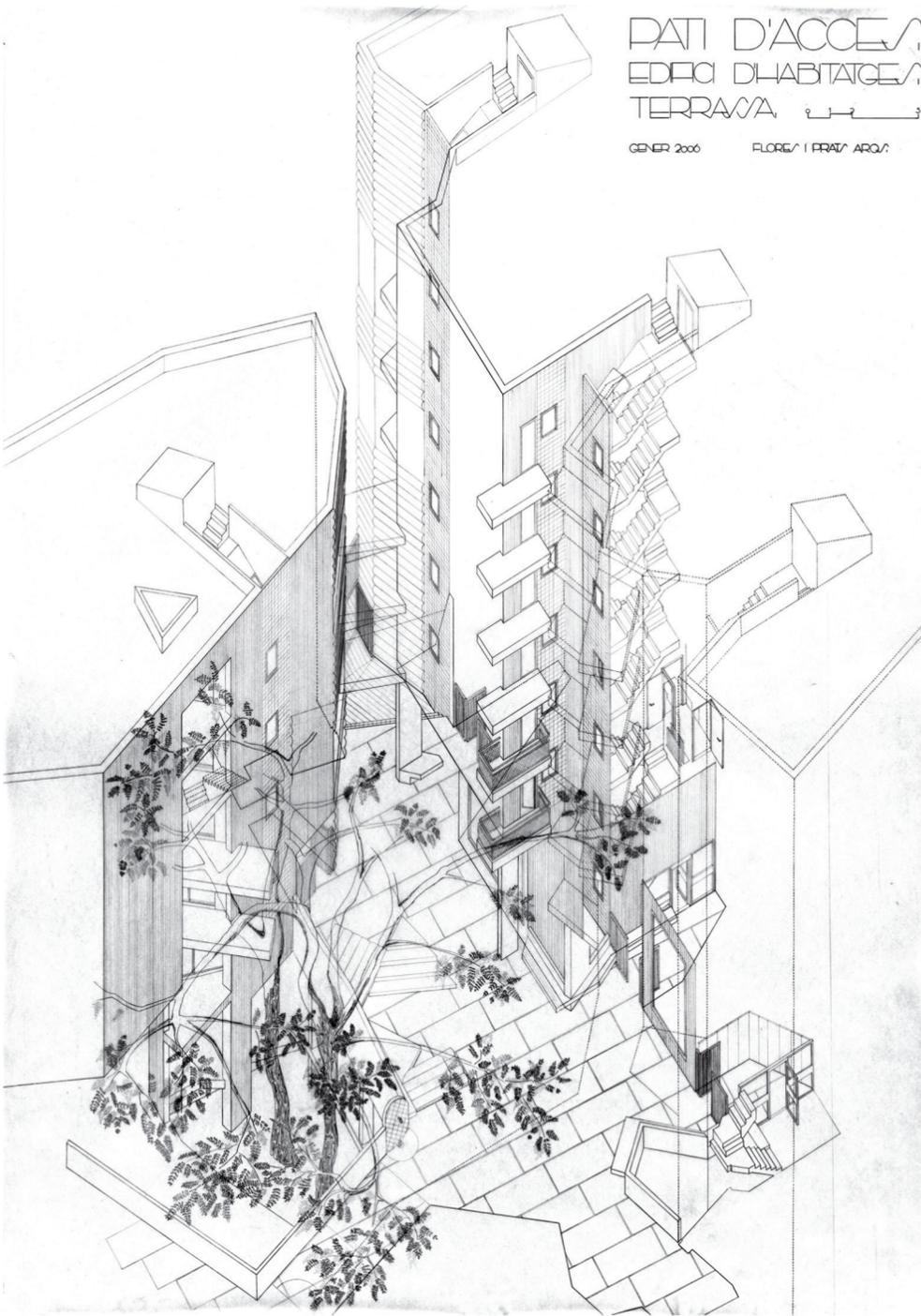
El proyecto pone especial atención en dar luz natural al aparcamiento subterráneo. Esto se consigue con huecos en la plaza central que dejan a la vista las rampas de bajada y un gran tiesto con tres árboles. Estas tres Acacias están plantadas en el nivel más bajo del edificio, y desde él suben hasta el nivel de la plaza, conectando toda la sección. Esta excavación central pone al edificio y a los vecinos en relación directa con el paisaje y su fuerte topografía, ya que desde la plaza de acceso se puede entender la sección del edificio y ver que éste está situado a favor de esta sección, absorbiéndola y haciéndola evidente, dejándola pasar a través suyo.

Las cubiertas de todo el edificio son ajardinadas. Las especies vegetales escogidas son las mismas que crecen naturalmente en el paisaje que se encuentra delante de estos bloques. Sobre estas cubiertas se han instalado placas solares para calentar el agua corriente.

Una medida ecológica importante ha sido la instalación de un sistema neumático de recogida selectiva de basuras en la Planta Baja del propio edificio.

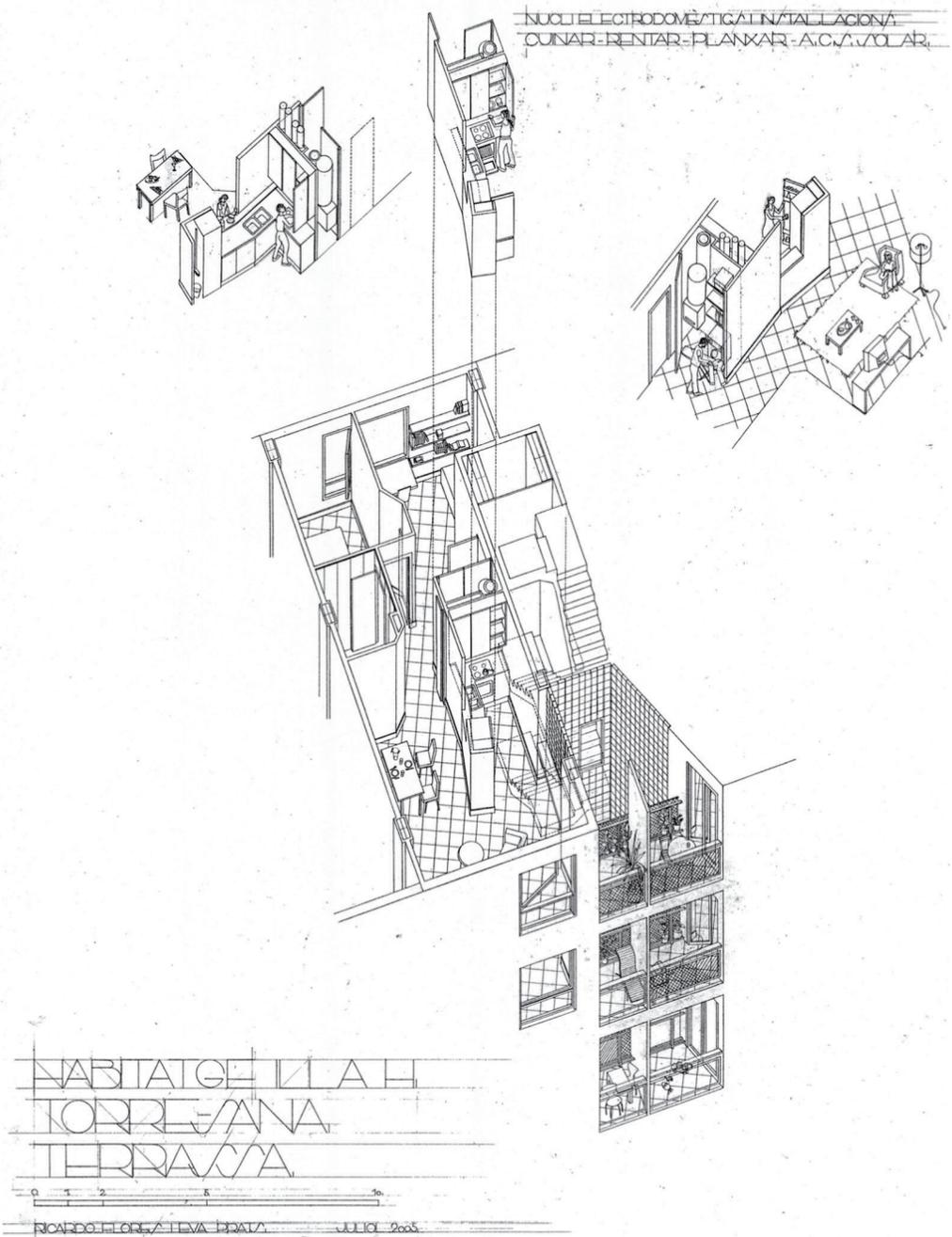
Planta y sección de situación





La plaza de acceso desde una de las porterías

Foto Duccio Malagamba





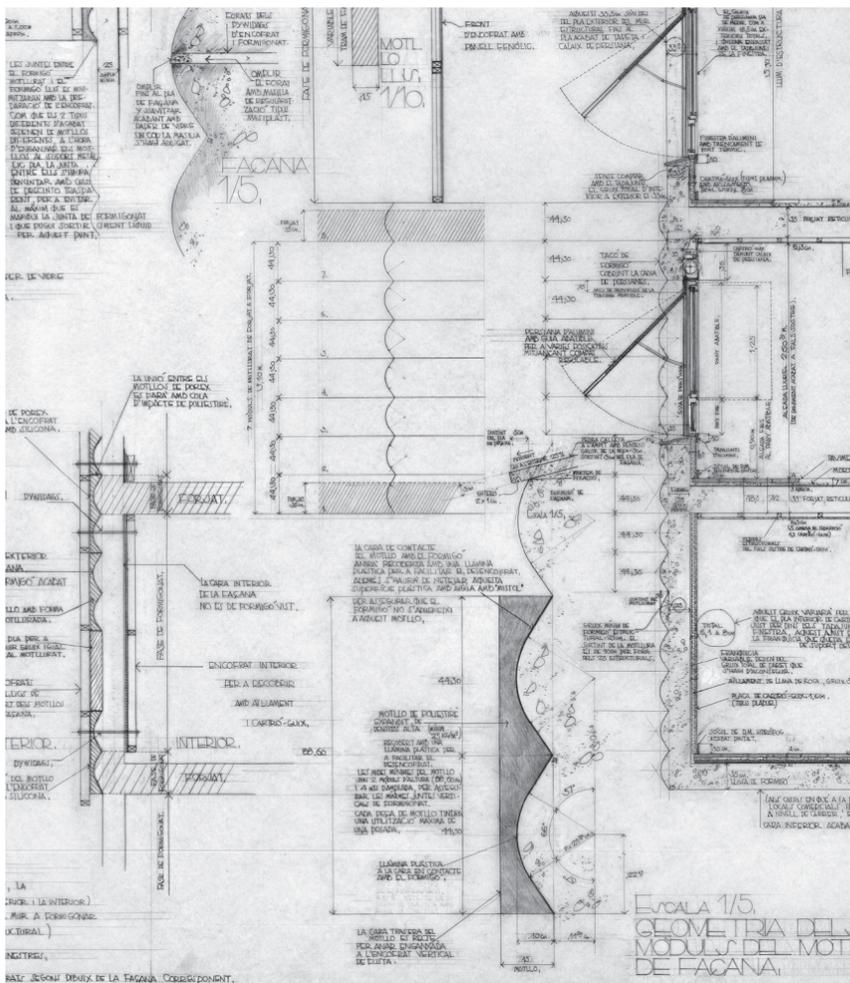
Clarscuro de fachada y pinos

Foto Alex García

Fachada de hormigón

Las texturas del lugar donde se ubica este edificio, caracterizado por un paisaje de pinos y una riera muy seca, hacen pensar en una fachada compuesta con sombras y texturas. Así la luz, al detenerse en estas cavidades y relieves, produce una continuidad con el paisaje del entorno. Por estar situado en una zona muy abierta al final de la ciudad, su fachada ha de responder a diferentes distancias de visión: de lejos, con relieves que tratan el edificio como una unidad, sin hacer evidente la medida que realmente tiene esta construcción; de cerca, proponiendo una complicidad con quien se acerca, lo toca, se apoya en él...

Estas fachadas portantes de hormigón proporcionan gran inercia térmica al edificio. Fueron realizadas in situ gracias a un molde de porex, probado aquí por primera vez. Estos moldes fueron prefabricados en industria para reducir el tiempo en obra de ejecución de la fachada. Se utilizaron encofrados trepantes, lo cual agilizó los trabajos en obra y puso en uso la capacidad portante de la fachada ya durante el proceso constructivo. El resultado final de fachada moldurada da un ritmo de claroscuro que facilita el diálogo del edificio con los bosques de pinos que lo rodean.



Plano de construcción de la fachada de hormigón in situ

Encofrado de pórex con recubrimiento de aluminio

Foto Adrià Goula



Eva Prats (1965) es arquitecta por la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. Ricardo Flores (1965) es arquitecto por la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de Buenos Aires.

Además de su práctica profesional (Estudio Flores & Prats, fundado en 1998), ambos son profesores de Proyectos en la ETSAB-UPC, profesores de Proyecto Final de Carrera en la ESARQ-UIC, y profesores en el Master de la Vivienda de la ETSAB-UPC.

Antípolis

El desvanecimiento de lo urbano en el Cinturón del Sol

Carlos García Vázquez

En abril de 1935, Frank Lloyd Wright exponía en el Rockefeller Center de Nueva York una maqueta en la que llevaba trabajando cinco años: Broadacre City. Se trataba de una especie de “ciudad ideal en clave norteamericana” que, supuestamente, materializaría el sueño de muchos de sus compatriotas, concretable en la querencia por el individualismo y la naturaleza. Estos anhelos eran ahora realizables gracias a la expansión del automóvil y la electricidad.

Broadacre era una comunidad autosuficiente compuesta por un máximo de 5.000 habitantes. Sus tres principales componentes eran las carreteras (se insertaría en los nodos de una retícula territorial formada por cuadrados de 20 millas de lado), las viviendas suburbanas (cada familia habitaría una casa aislada en una parcela de un acre de superficie) y las zonas verdes y agrícolas (que ocuparían 2/3 de su extensión total). Más que urbana, por tanto, la “ciudad ideal norteamericana” era territorial. Postulaba una dispersión generalizada de la urbanización, estaría “en todos sitios y en ningún lugar a la vez”.

Proféticamente, Wright imaginó con Broadacre lo que entonces era casi inconcebible: un territorio semiurbano-semirural plagado de moteles, complejos de oficinas y suburbios residenciales. Estos enclaves estarían comunicados entre sí por una red de superautopistas en cuyos enlaces surgirían grandes centros comerciales y de ocio. Wright anunciaba: “Broadacre City será tan diferente a la ciudad antigua o a cualquier ciudad actual que probablemente no podamos reconocerla cuando llegue”.

Así ha sido. Setenta años después, y casi sin que nos hayamos dado cuenta, el “sueño americano” parece haberse materializado. Eso sí, los efectos sociales derivados del mismo son muy diferentes a los que Wright supuso. En palabras de David J. Cieslewicz: “Ya en los años 30 Frank Lloyd Wright predijo (y apoyó de todo corazón) casi todos los grandes cambios que se iban a producir en el paisaje americano en las siguientes seis décadas. Wright comprendió cómo los coches, a los que amaba con desbordada pasión, iban a cambiar nuestro sentido del espacio. Predijo (y aplaudió) el declive de las ciudades, el advenimiento de la urbanización de las zonas rurales, las superautopistas, e incluso los ‘Stop’n Go’ (...) Su fallo fue pensar que todo esto sería maravilloso, saludable, estéticamente agradable, y moral y culturalmente estimulante”.¹

La “cuarta revolución urbana”: el “qué” y el “por qué” del Cinturón del Sol

Permítanme comenzar este artículo con un planteamiento poco ortodoxo, un planteamiento más basado en la psicología perceptiva que en la ortodoxia disciplinar. Imaginemos un ciudadano europeo medio que vive en una ciudad europea media. Imaginemos que le proponemos un destino: Houston. Las razones que incitaron mi libro *Antípolis. El desvanecimiento de lo urbano en el Cinturón del Sol*² derivan del presumible shock que este hipotético ciudadano experimentaría en su confrontación con una realidad urbana totalmente diferente a la suya, en su confrontación, mejor dicho, con un territorio plagado de centros; un territorio aparentemente caótico, sin límites, sin jerarquía, casi sin forma; un territorio discontinuo y fragmentado... roto; un territorio sin historia ni identidad; un territorio sin densidad pero donde habitan millones de personas...

La perplejidad de nuestro ciudadano emana de su incapacidad de aprehender, de asimilar un entorno al que han dejado de serle aplicables los parámetros por los que tradicionalmente filtramos los hechos urbanos. En Houston no tiene sentido hablar de “centro-periferia”, “campo-ciudad”, “espacio público-espacio privado”... Ello explica que no encaje en el concepto de “ciudad” que nuestro ciudadano europeo tiene en la cabeza. Y sin embargo, Houston no es la luna (aunque de todos es conocida su especial vinculación con ella), sino una entidad inserta en nuestro mismo contexto cultural. Es más, es una realidad económica exitosa cuyo modelo urbano se extiende como la pólvora por todo el planeta, tanto que cabría preguntarse: ¿es la ciudad del futuro? Y no es la única cuestión que surge de la emergencia y propagación de manifestaciones urbanas tan extravagantes como la de Houston.

Muchos otros interrogantes están sobre la mesa: ¿cuándo comenzaron estas mutaciones?, ¿qué las motivó? y, muy especialmente, ¿hacia dónde nos llevan?

En 1967, Robert Riley, ex alcalde de Albuquerque, declaraba: “Puede ser que lo que estamos viendo emerger sea la tercera etapa de la historia de la ciudad, una ciudad postindustrial diferente de la ciudad industrial como ésta lo fue de los asentamientos urbanos preindustriales”³. No es el único que así piensa. Muchos teóricos opinan que hemos entrado en una nueva era de la historia de la ciudad, una fase que comenzó hace tres décadas. Especialmente contundente es el diagnóstico de Edward Soja, según el cual la irrupción de estos fenómenos urbanos tan singulares anuncia, no la tercera, sino la “cuarta revolución urbana”, la transición de la metrópolis industrial de la modernidad a la “postmetrópolis” postindustrial de la postmodernidad⁴.

En pocos lugares del planeta es tan perceptible la cuarta revolución urbana como en Houston o Albuquerque. Estas ciudades están situadas en una zona conocida como “Sunbelt” (“Cinturón del Sol”), un término que nació a comienzos de los años 70 y se propagó como la pólvora a finales de esa década. Con él se designaba una franja de Estados Unidos cuyo límite septentrional venía marcado por el paralelo 37. Por debajo de esta línea quedaban 14 estados: California (su mitad sur), Arizona, Nuevo México, Texas, Oklahoma, Arkansas, Luisiana, Tennessee, Mississippi, Alabama, Georgia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Florida. En ellos se ubican las ciudades de las que se ocupa el libro: Los Ángeles, Phoenix, Tucson, Albuquerque, Dallas, Houston, Atlanta, Miami...

Pero el Cinturón del Sol es algo más que un concepto geográfico, también es un estilo de vida, un delicioso *cocktail* compuesto de conservadurismo político, modos suburbanos, buen clima, ocio y alta movilidad. The New York Times lo calificó como un “experimento cultural y político”, haciendo referencia al masivo traspaso de poder político y económico que se ha producido desde las ciudades del noreste de Estados Unidos, centros tradicionales del mismo, hacia las nuevas y expansivas metrópolis del sur.

Muchos teóricos opinan que hemos entrado en una nueva era de la historia de la ciudad, una fase que comenzó hace tres décadas. Especialmente contundente es el diagnóstico de Edward Soja, según el cual la irrupción de estos fenómenos urbanos tan singulares anuncia, no la tercera, sino la “cuarta revolución urbana”.

Y es que, en los últimos 50 años, este territorio ha sufrido una doble revolución: económica y demográfica. Antes de la Segunda Guerra Mundial el Cinturón del Sol era una zona que se caracterizaba por una pobreza endémica, un alto grado de despoblación y unos bajísimos niveles culturales. Por aquel entonces la mitad de los habitantes de Estados Unidos, las 3/5 partes de los ingresos personales y las 3/4 partes del sector industrial se concentraban en el triángulo noreste, cuyos vértices eran Boston, Washington y Chicago. Los estados del sur no eran más que una fuente de materias primas.

Durante la Gran Depresión de los años 30, algunos economistas comenzaron a plantear que la economía norteamericana estaba demasiado condensada en dicho triángulo, cuyo potencial de crecimiento presentaba ya claros síntomas de agotamiento. Postulaban, por ello, extender el desarrollo del país hacia el sur y el oeste, una idea que puso en marcha Franklin D. Roosevelt con el New Deal, que canalizó cuantiosas inversiones públicas para la construcción de infraestructuras en la zona (como el plan de irrigación del Tennessee Valley).

¹ Citado en SQUIRES, Gregory D. (2002), *Urban sprawl. Causes, consequences & policy responses* (The Urban Institute Press, Washington), págs. 24-25.

² GARCÍA VÁZQUEZ, Carlos (2011), *Antípolis. El desvanecimiento de lo urbano en el Cinturón del Sol* (Gustavo Gili, Barcelona).

³ GAMMAGE, Brady (Jr.) (1999), *Phoenix in perspective. Reflections on developing the desert* (Arizona State University, Tempe), pág. 73.

⁴ SOJA, Edward W. (2000), *Postmetropolis. Critical studies of cities and regions* (Blackwell Publishers, Oxford).